



Ignacio García Malo

La mujer de Padilla, Doña María Pacheco

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ignacio García Malo

La mujer de Padilla, Doña María Pacheco

Tragedia española

Personas:

Doña María Pacheco, mujer de Don Juan de Padilla, que no habla

Pedro López, padre de Padilla

El marqués de Mondéjar, hermano de Doña María

El conde de Haro, general de los imperiales

Don Íñigo, gobernador de Toledo

Matilde, criada y confidenta de Doña María

Sosa, criado de Padilla

Un niño, que no habla

Soldados y acompañamiento

La escena se representa en un salón principal del Real y antiguo Alcázar de Toledo.

Acto I

Salen PEDRO LÓPEZ turbado, y SOSA de camino.

LÓPEZ ¿Qué acaso inesperado te conduce

a la imperial Toledo? Dilo luego;

tu dilación aumenta mis temores,

tu turbación excita mis recelos.

Habla, di, ¿qué sucede? ¿A qué has venido?

Presagio de algún mal es tu silencio.

SOSA Señor... Sabed... ¡Ay pena! Que mi amo

quedaba cuando yo... Seguir no puedo.

LÓPEZ El alma me estremecen tus confusas

voces interrumpidas. ¿Qué funesto

y horrendo vaticinio me predices?

se conoce el valor y el sufrimiento.
LÓPEZ Déjame llorar Sosa, porque el alma
algún descanso tenga en tanto duelo;
Déjame que me queje de mi suerte,
cuando no puedo hallar otro remedio.
Hijo infeliz e incauto, seducido
por un traidor e inicuo caballero.
Oh Fernando de Ávalos, tú hiciste
que siguiese tus huellas, y consejos,
despreciando de un padre los avisos
con que quiso apartarse de tus yerros.
¡Ay hijo! ¡Qué memoria tan amarga!
¡Qué recuerdo tan triste, y tan horrendo
será siempre el pensar que periciste
caudillo de un inicuo aleve pueblo!
SOSA Vuestra hija, señor, hacia aquí viene,
procurad ocultar vuestro tormento.
LÓPEZ ¡Ah! Que al verla se aumentan mis pesares,
pues es de tantos males el fomento.
Sale DOÑA MARÍA vestida ricamente.
MARÍA Padre, y señor... ¡Mas qué es esto que miro!
¿Tú Sosa aquí en Toledo? ¿Qué hay de nuevo?
¡Vos padre tan turbado! ¿Por qué causa?
¿Dónde mi esposo está? ¿Los comuneros
Valladolid y Burgos han perdido?
¿O qué novedad hay? Dímelas luego.
SOSA Yo señora, he venido...
MARÍA No te turbés:
¿qué triste arcano encierra tu silencio?
LÓPEZ Hija, nada ha pasado, no te aflijas.
MARÍA ¡Ah! Vuestra turbación algún suceso
muy fatal me predice. Esos suspiros
detenidos por fuerza en vuestro pecho;
las lágrimas que brotan vuestros ojos,
son indicios, señor, muy manifiestos.
LÓPEZ Sosiégate hija mía, no te finjas
imágenes que aterren tu sosiego...
¡Mas ay de mí, que el llanto me descubre!
Saca el pañuelo para enjugarse los ojos, se le cae la carta, y la alza DOÑA MARÍA.
MARÍA Esta carta, señor... ¡Pero que veo!
Es letra de mi esposo...
LÓPEZ No la leas
porque te ha de causar gran sentimiento.
MARÍA Viene a mí el sobrescrito, y he de leerla.
LÓPEZ Que no la veas, hija, yo te ruego...
te diré lo que escribe: es en sustancia
que junto a Villamar se queda preso.

MARÍA Yo he de verla, señor, sea lo que sea.

LÓPEZ Ah, que sus expresiones...

MARÍA Valor tengo
para sufrir mayores desventuras.

LÓPEZ ¡Qué lance tan cruel es éste, Cielos!

MARÍA (Lee) Suerte... nuestros designios... el verdugo...

El brazo... golpe... ¡ay!... sobre mi cuello...

(Respuesta) ¡Ay esposo del alma! ¡Qué congoja!

¡Quién me socorre, ay triste, que yo muero!

Cae desmayada.

LÓPEZ Ay de mí, me faltaba este conflicto

para aumentar mi pena, y desconsuelo.

Hija, amigo... ¡Ah, dolor! ¡Qué horror! ¡Qué susto!

¡Desventurado padre! ¡Qué tormento!

MARÍA Esposo de mi alma...

LÓPEZ Hija querida,
mitiga tu dolor.

MARÍA ¡Qué es esto, Cielos!

¿Así ayudáis a un padre de la patria?

¿Así premiáis virtud, valor, y celo?

¡Ay infeliz de mí! Yo estoy sin vida.

Padre, y señor, mirad el fin funesto

de un hijo miserable. Ésta es la suerte

de un caudillo del pueblo, de un guerrero.

LÓPEZ ¡Ay hija, no acrecientes las congojas

que el corazón me oprimen con exceso!

MARÍA Dejadme que mis llantos, y sollozos
publiquen mi dolor y desconsuelo.

¡Esposo de mi vida, cuán contrario

el hado se ha mostrado en tus intentos!

Ay hijo de mi vida, ya has perdido

a quien te ha dado el ser. Con llanto eterno

acompaña a tu madre mientras viva...

¿Quién me podrá servir ya de consuelo?

Lloren conmigo todos su desgracia:

llora a tu ciudadano gran Toledo,

pues sin su apoyo te verás rendida,

llena de confusión, de sangre, y fuego.

LÓPEZ Mitiga tus lamentos y suspiros:

en las adversidades a lo menos

no muestra cobardía una alma grande,

aunque llegue el dolor a un duro extremo.

MARÍA Si con el bien perdido se perdiese

la memoria también, este violento

e inhumano dolor se calmaría;

mas siempre esta memoria, este suceso

esculpido estará dentro del alma,

y será de mi vida compañero.

¡Oh día desgraciado! ¡Oh triste esposo!

¿Posible es que sin ti vivir yo puedo?

Sale DON ÍÑIGO, gobernador de Toledo, turbado, y al salir dice:

ÍÑIGO Apenas yo respiro de confuso:

ya saben la desgracia según veo.

LÓPEZ Señor gobernador murió mi hijo.

ÍÑIGO Ya he sabido ese lance lastimero.

Una carta recibo de su puño
que escribió ya en los últimos alientos,
y es mi dolor tan grande, que no hallo
expresión con que pueda encarecerlo,
pues fue mi amigo fiel, y nuestras almas
enlazó la amistad con nudo estrecho.

MARÍA ¡Ah señor, qué desgracia irreparable!

Ya se han frustrado todos los intentos:

ya sufrirá Castilla el duro yugo
de un afrentoso indigno cautiverio...

ya Toledo será víctima triste
del enemigo ejército soberbio.

ÍÑIGO Sosegaos, señora, ya no es hora
de perder en gemidos los momentos...

En gran peligro estamos, pues sitiados
hace días que estamos en Toledo.

Ya la línea avanzada nos ofende,
y de todas nos hacen mucho fuego.

MARÍA Es cierto; reparar conviene el daño.

LÓPEZ ¿Cómo podréis hacerlo en tal extremo?

Aquí lo que conviene es el rendirse.

MARÍA ¿Y la Liga? ¿Y el firme juramento?

LÓPEZ Ése fue un desacierto, que ha guiado
a mi hijo al cadalso más horrendo.

La Liga se formó por la avaricia
de algunos castellanos caballeros
indignos de tal nombre, y de tal patria,
que siempre en lealtad fue fiel ejemplo.

ÍÑIGO Señor, no se formó por la avaricia,
fue sólo por el bien de todo el reino.

Antes se examinó el fatal estado
de toda la nación. Los comuneros
por amor a la patria se juntaron
en Ávila, y no hallaron otro medio
que el conseguir por armas, o por fuerza,
lo que fácil no ha sido con los ruegos.

LÓPEZ Por más que el rey las súplicas nos niega,
contra el rey oponernos no debemos.

MARÍA El rey ausente ignora lo que pasa,

no sabe las miserias de su reino;
Los nacionales viven agobiados,
los extranjeros tienen los empleos:
ésta es la situación de nuestra España,
éste el borrón de sus antiguos fueros,
ésta la causa porque todos gimen
sin poder soportar tan duro peso;
¿Y queréis que Castilla así esté opresa?
LÓPEZ No hay duda que han quedado en nuestro reino
varios pueblos quejosos del desorden
con que los han gobernado los flamencos;
mas fue la envidia nuestra mucha culpa,
y no toda la tuvo el extranjero,
pues ellos no sabían las tenencias,
las encomiendas, ni demás empleos
que habían de pedir, ni los oficios
que había de vender, ni por qué precio,
sino que por los nuestros avisados,
todos estos abusos cometieron.

ÍNIGO En fin, todos los daños de ellos vienen,
y no es justo suframos desaciertos.
Primero que Toledo llegue a darse,
se arruinarán sus muros hasta el suelo.
Todo el pueblo, señora, está furioso,
y a morir, o vencer firme, y resuelto.
Después que he publicado la desgracia
de vuestro esposo amado, todos ciegos
de cólera, y enojo, a la venganza
preparan su valor y sus aceros.

MARÍA La vindicta del público reposo
sólo incita mi furia, y ardimiento;
y así, sustituyendo a mi marido,
hoy ofrezco librate fiel Toledo
de tantos enemigos que te asedian,
pues nada asusta a mi valiente esfuerzo.

ÍNIGO Y por mi parte constante he de seguiros
hasta que en su defensa dé el aliento.

MARÍA Pues id, tocad al arma, y con firmeza
comunicad al pueblo estos intentos:
prevenid los soldados al combate,
y siga con viveza el duro fuego.

ÍNIGO Ya voy a obedeceros, y estad cierta
de que os será leal y fiel el pueblo.
Vase.

LÓPEZ ¡Oh qué furor te ciega hija imprudente,
que no ves los peligros, ni los riesgos!

MARÍA Cuando vierta mi sangre por la patria,
satisfago a mi honor, que es lo que debo.
LÓPEZ Por el rey derramarla deberías
imitando a tus ínclitos abuelos,
y no manchar su sangre tan ilustre
con una acción indigna de sus hechos.
Vase.

MARÍA Aunque el mundo se oponga a mis designios
defenderé a Toledo hasta el extremo...
pero ahora que sola me he quedado,
sin que nadie interrumpa mis lamentos,
es justo, esposo mío, que yo llore
tu muerte desgraciada, y fin funesto.
¡Ay de mí! Aquel carácter tan heroico,
aquella gallardía de tu cuerpo,
aquel ánimo grande, y esforzado,
aquel juicio envidiable y dulce genio,
y aquella edad tan tierna que has perdido,
¿cómo podré olvidar? ¡Qué desconsuelo!
¡Qué pena insoportable con porfía
el corazón me arranca de su centro!
Todas estas memorias me confunden,
y aumenta mis pesares, y desvelos
el pensar el destino de mi hijo
huérfano, sin amparo, ni consuelo.
Todos acusarán de infiel al padre
diciendo fue un traidor, e inicuo reo
que murió en un cadalso injustamente,
sin decir que la causa fue un gran celo
de defender la patria y el estado.
Éste será un borrón indigno y negro
que manchará su sangre tan ilustre,
y hará que se le trate con desprecio.
Hijo infeliz, ¿qué astro te persigue
con rigor tan insano, y tan adverso?
Pero, ¿así a mi dolor yo me abandono
y en varias reflexiones gasto el tiempo?
¿Es posible que el ánimo me falte
para ser el caudillo de este pueblo?
Oh esposo el más amable, el más valiente,
inspira tus ardores en mi pecho,
para que con las armas en la mano,
si tú faltaste, ocupe yo tu puesto.
Sale MATILDE.
MATILDE Señora... respirad...
MARÍA Matilde mía...

MATILDE Ánimo... Lo sé todo, tened pecho;
Toledo os favorece, y puesta en armas
defenderse procura con denuedo.

Salid, sed su caudillo, pues confusa
la plebe anda vagando sin sosiego.

MARÍA ¿Y su gobernador?

MATILDE Por las almenas
reparte varios jefes en sus puestos;
de vuestro esposo acuerda la memoria,
la plebe por vos clama, y quiere veros.

MARÍA ¿Mas qué he de hacer en tales circunstancias
sin moneda, ni víveres Toledo?

¿Quién ha de resistir en tal combate?
¿Qué tropas sufrirán tan fuerte asedio?

MATILDE El remedio, señora, está en la mano;
yo te sugeriré bastantes medios;
abundante tesoro sé te aguarda.

MARÍA ¿Dónde el tesoro está? ¿Dónde el repuesto?

¿Si no bastan mis alhajas juntas,
las ricas joyas, cuanto yo poseo?

MATILDE Nada temáis, seguid luego mis pasos.

MARÍA Declara pues, Matilde tus intentos.

MATILDE Ya los sabrás, aliento cobra, vanos
hasta ahora nunca fueron mis consejos.

MARÍA Así es verdad; resuelta estoy; conduce
adonde tú quieras este pecho,
pues como sea a libertar la patria
ya todo lo demás importa menos.

Vase.

MATILDE Si el hado favorece mis designios
he de hacer con valor, y con empeño
a fuerza de incesantes sugerencias,
y de instancias, de súplicas, y ruegos,
que vengue esta mujer tantas injurias
como toda la España está sufriendo,
y que la Liga se conserve, y dure
ya que la causa fue de su fomento.

Sale LÓPEZ.

LÓPEZ ¿Adónde está tu ama? ¿Qué motivo
la ha obligado a ausentarse de este puesto?

MATILDE Su celo la conduce a una alta empresa,
esto es lo que deciros ahora puedo;
seguirla a mí me toca, y detenerme
aquí un instante más, es desacierto.

Vase.

LÓPEZ ¿Dónde irá esta mujer precipitada?
¿Dónde mi hija con paso tan ligero?
¡Oh día desgraciado! ¡Oh suerte peligrosa!
¡Oh cuántos males cercan a Toledo!
Sale DON ÍÑIGO.

ÍÑIGO Todo sucede bien, tropa arrestada
corona ya los muros con esfuerzo.
La puerta de Bisagra es el recurso
que queda sólo a los contrarios nuestros:
tropa lucida la guarnece y guarda,
y el Alcázar, señora, todo el resto.
Seguros somos ya. Doña María
a toda la ciudad da nuevo aliento,
y espero en su valor...

LÓPEZ Íñigo calla;
desiste de esperar buenos aciertos,
en lances que no viendo el precipicio,
gobierna la pasión sin el consejo.

ÍÑIGO Inútiles temores os asustan,
y yo soy quien oírlos debo menos.
La ciudad a mi cargo se halla toda;
me toca defenderla con esfuerzo,
y derramar la sangre que me alienta
por mí mismo, por ella, por mi empleo.
Llorando está a su esposo vuestra hija;
mi leal amigo fue, vengarle debo.
Ocioso estáis, pues ni el amor de padre
llega a manifestarse, ni el de suegro.
Lo que hacer vos debíais yo ejecuto,
yo he tomado a mi cargo el cargo vuestro;
y a Dios quedad, pues no hago yo aquí falta
y en otra parte me echarán ya menos.
Vase.

LÓPEZ ¡Qué poco entiendes lo que el pecho oculta,
y el pesar que me aflige al mismo tiempo!
Sale SOSA.

SOSA Señor, toda Toledo conmovida
e incitada del llanto, y de los ruegos
de vuestra infeliz hija, sale ahora
de extraer del sagrado de los templos
el oro, plata, ropas, y riquezas
que sirvieron de culto, y ornamento,
y con tal gritería el pueblo insano
reitera la promesa y juramento
de defender la patria, que los niños,

las mujeres, los mozos, y los viejos,
viva, viva la Liga, y sus secuaces,
y muera el enemigo van diciendo.

LÓPEZ ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que hablas! ¡Qué he escuchado!

Me horrorizo al oír tal sacrilegio
impropio del carácter de cristianos,
y digno del enojo de los Cielos.

¿No fue este pueblo mismo el que otras veces
se opuso contra el moro con denuedo
por defender la Ley de Jesucristo,
porque no cometiesen en los templos
irreverencia alguna, y porque fuese
sola la fe adorada en nuestros reinos?

¿Pues cómo es éste tan inicuo,
que hoy profana el respeto de los templos,
y extrae de los altares, y sagrarios
todas cuantas alhajas hay en ellos?

¿Aun en mi edad caduca me faltaba
el ver contra la fe tal vituperio?

Oh Cielo, ¿para cuándo son tus rayos,
que no castigas a este infame pueblo?

SOSA Rendida a las instancias de Matilde
se arrojó vuestra nuera a tal extremo.

LÓPEZ ¿Doña María es causa de estos males,
por seguir de Matilde los consejos?

Sale MATILDE.

MATILDE Logré ya mi intención. Señor, no dudo
que me deis las albricias, pues podemos...

LÓPEZ ¿Qué hacer podremos fementida inicua,
que eres causa de tantos desaciertos?

¿Quién jamás te enseñó a que profanases
el respeto sagrado de los templos?

MATILDE El Cielo, y la justicia me dirijan
y protejan mis votos, y mis ruegos,
por ser mis intenciones convenientes.

¿Es justo que Castilla esté gimiendo
bajo la esclavitud más vergonzosa,
y el yugo más cruel, duro, y severo?

¿Es posible que siendo castellano
estéis en vuestro error tan terco, y ciego,
que queráis ver la patria destruida
sin que os cause dolor, ni pena el verlo?

¿Pensáis que así cumplís con vuestra sangre?

¿Pensáis que esto os adquiere un lauro eterno?

LÓPEZ Calla, vil; ¿cómo me hablas de ese modo?

¿Es posible que sufra este improperio!

MATILDE Si la patria no exige vuestro amparo,

lo exige y lo merece vuestro nieto;
Él queda denigrado con la muerte
de su padre infeliz, que en un horrendo
vergonzoso cadalso dio la vida
por defender la patria, y sus derechos.

¿Si no vindicáis a vuestro hijo
quién tomará su causa con empeño?

LÓPEZ Aunque millares de hijos me quedasen,

y al suplicio estuvieran todos puestos,
antes que ser traidor permitiría,
que todos a mis pies quedasen muertos.

Me horrorizo al pensar que fue mi hijo
del partido de tantos comuneros,
oprobio de Castilla, y de la España.

No lloro yo su muerte, sólo siento,
que siguiendo sus pérfidas ideas
manchó su sangre ilustre con sus yerros,
y aún tu maldad con esto no contenta

¿pretendes que yo adhiera a tus intentos?

Vete monstruo infernal de mi presencia,
no incites más mi enojo, ni mi ceño.

MATILDE No temo vuestras iras, ni amenazas

cuando tengo en mi abono todo el pueblo,
la misma justicia me asegura,
que de tanto enemigo triunfaremos.

Vase.

LÓPEZ Antes caerá tu pérfida cabeza
al filo de mi fuerte, y blanco acero.

¿Por qué palpitas corazón doliente?

¿Qué movimiento es éste tan intenso?

¿No te asustan de Marte los furores,
y ahora tu estado temes? ¿Cuál horrendo
pensamiento cruel te martiriza?

¿Qué causa en ti suscita estos afectos?

¡Ah! Mi gloria, mi honor esclarecido
es lo que excita en mí tal movimiento.

Acaso en el asedio mis amigos
de mi fe dudarán, y de mi celo,
pensando que con fines muy torcidos
estoy dentro los muros de Toledo.

¿Mas no defiende el Cielo la inocencia?

Pues yo ¿por qué vacilo, por qué temo?

Ay de mí, la desgracia de mi hijo,
el ser esta ciudad mi patrio suelo,
el ser Doña María su caudillo,
y el tener a la vista un tierno nieto,

¿no podrán producir siniestros juicios
del honor, y lealtad que yo conservo?
Sí; pues sal al instante Pedro López
de estos muros traidores, y protervos.
Pero si yo abandono en tal estado
a un frenético pueblo, e indiscreto,
que olvidando las leyes de justicia
a sus furores deja el freno suelto;
si de una mujer loca, y obcecada
los ímpetus enormes no contengo,
ya usando de prudentes amenazas,
ya inspirándole honor con mis consejos,
¿qué será de esta plebe alborotada?
¿Qué destrucción será la de Toledo?
Entre estas confusiones, Cielo santo,
permitidme que elija el mejor medio;
mas si crédito doy al vaticinio
que el corazón me anuncia, estarme debo,
pues útil en Toledo es mi presencia,
porque siendo tan fieles mis intentos
protegerán los Cielos mi inocencia,
y mi honor quedará puro, e ileso.
Ea pues, los designios comenzados
dirijan mis acciones y fin recto,
madúrese la empresa y a mi gloria
sirva de mayor lustre este trofeo.

Sale DOÑA MARÍA vestida de luto y suelto el cabello, DON ÍÑIGO y varios soldados.

MARÍA Soldados, preveníos a la empresa:
todo de vos, Don Íñigo, lo espero.

ÍÑIGO No dudéis de mi ardor; de vuestro padre
exigid otro tanto, pues su esfuerzo
unido con nosotros...

LÓPEZ ¿Qué profieres?
¿Juntar los míos con los votos vuestros?
¿Unirme con sacrílegos osados,
habiendo cometido un tal exceso?

MARÍA ¿Sacrilegios llamáis a mis acciones,
cuando son inspiradas de un buen celo?

LÓPEZ Inspiradas del diablo, y de su astucia
más bien debes decir, que no de celo.
¿Dónde tal impiedad igual hallaste?
¿Qué cristianos te sirven de modelo
para acción tan enorme y espantosa?
En vez de respetar el sacro templo,
y adorar sus altares y sagrarios,
¿extraes cuantas alhajas hay en ellos?

¡Oh qué profanación! ¡Oh qué delito,
que es digno del castigo más horrendo!
MARÍA En las fatales tristes circunstancias
en que se ve en el día aqueste pueblo,
sin otro amparo alguno, ni socorro,
¿es delito el valerse de estos medios?
La religión, el público reposo,
el inminente riesgo en que nos vemos,
la natural defensa de la vida,
¿no son justos motivos para hacerlo?
De toda esta ciudad acompañada,
postrada de rodillas en el templo,
y con profundo llanto he dirigido
mis votos más humildes, y mis ruegos
al todo poderoso, suplicando
que si esta acción no hacía con fin recto
por el bien de la patria, y por el culto
de su divina Ley, y sus preceptos,
me quitase la vida con asombro,
y sirviese mi muerte de escarmiento
antes que profanase el santuario.

LÓPEZ Buen modo de fingir lo que no es cierto.

A los hombres se engaña fácilmente,
pero a Dios no es posible que ocultemos
el celo, o la maldad de nuestras obras.

MARÍA Pues señor, en el lance en que nos vemos
cercados de tan fuertes enemigos,
no teniendo otro arbitrio, ni remedio,
¿no es justo que en defensa de la patria,
de nuestra libertad, del honor nuestro,
de tantos infelices oprimidos,
y de las mismas aras y los templos,
usemos de estos medios si no hay otros?
¿Pues por qué lo llamáis un sacrilegio?

LÓPEZ Porque son vuestros fines muy torcidos
contra toda razón, contra derecho.

Las alhajas que sirven para el culto
del todo poderoso, no debemos
por más necesidad que padezcamos
sacarlas del altar en que estuvieron.
Sólo el rey lo pudiera hacer en caso
de ver que perecía todo el reino,
en una guerra justa, y peligrosa,
asaltado del hambre, y sin dinero.

MARÍA Yo sigo el ejemplar de otras mujeres
que así también lo hicieron otro tiempo.
Las famosas matronas de la Grecia

entraron de Diana al sacro templo,
y sacando las joyas que allí había,
con ellas una guerra sostuvieron.
Las vestales sus trajes y vestidos
de su virginidad también vendieron
para oponerse al ínclito Temístocles
capitán esforzado de los griegos.

LÓPEZ Pues también las romanas generosas,
para hacer un presente a Apolo en Delfos,
se despojaron todas de sus joyas,
y hasta los anillos de los dedos.

¡Ah! Pluguieran los Cielos que siguieses
de éstas, y no de aquéllas el ejemplo.

MARÍA La acción, señor, es justa, y aprobada
por los grandes, los nobles, y plebeyos.

LÓPEZ Yo digo que es inicua, y afrentosa,
y que al fin ofendido de ella el Cielo
tomará la venganza merecida
abrasando en sus rayos a Toledo,
castigándoos a vos, y a quien ha sido
de tanto desacato el instrumento.

MARÍA La patria así lo exige, y el estado
de un reino que se ve triste, y opreso.

LÓPEZ ¿Dónde está la opresión, que ya me falta
para tal insolencia sufrimiento?

¿Con qué razón el reino perturbasteis,
y queréis de Toledo haceros dueños?

¿Qué divina ni humana ley permite
que el vasallo por fines indiscretos
levante rebeliones, y haga guerra
a un señor natural que le da el Cielo?

¿El estado y la patria se defiende
quemando sus ciudades, y sus pueblos,
cometiendo atentados, y maldades,
robando sus iglesias, y sus templos?

Pues éste ha sido el fruto que ha sacado
el ejército vil de comuneros.

Por ellos se alteró la fiel Segovia,
se destruyó Medina, y Alaejos,
se estragó Salamanca, también Soria,
y Palencia siguió su inicuo ejemplo;
a Burgos, a León, Ávila, y Toro,
y en fin para acabar, a todo el reino
causó desastres, muertes, y aflicciones,
que en deplorable estado le pusieron.

MARÍA Si mi padre no fuerais, no tendría
a vuestra edad, ni canas miramiento.

Mientras viva, la empresa no abandono
de defender los muros de Toledo:
por la sangre que corre por mis venas,
y el honor que heredé de mis abuelos,
os ofrezco patricios no dejaros,
y os reitero el solemne juramento.
ÍÑIGO A vuestro lado un rayo seré siempre,
pues mi valor anima vuestro celo.
MARÍA Seguidme valerosos ciudadanos,
que hoy verá el enemigo mi ardimiento.
LÓPEZ Y tú verás tu muerte, y precipicio
por despreciar mis ruegos y consejos.

Acto II

Sale DOÑA MARÍA de luto, trae de la mano a su hijo, y en la otra un estandarte negro,
pintado de blanco un cadalso, siguen Don ÍÑIGO, MATILDE, nobleza, pueblo, y soldados,
todos con gasas en los sombreros. Suenan tambores y clarines

MARÍA Íncritos valerosos toledanos
que en las guerras más duras, y sangrientas
disteis pruebas de un ánimo invencible,
propio de vuestro origen, y nobleza;
ya es tiempo que empuñando el blanco acero,
armados de valor, y de destreza,
contra el poder de tantos enemigos
la ciudad de Toledo se defienda.
Ya es tiempo que inflamados vuestros pechos
del amor de la patria, en esta empresa
causen terror, y susto al enemigo,
y vencer, o morir todos resuelvan.
A más de estar sitiados hace días
de fuerzas superiores a las nuestras,
Haro se ha incorporado en el asedio,
y piensa reducir a su obediencia
a la imperial Toledo. ¡Qué arrogancia!
Sólo el imaginarlo me avergüenza.
Ya sabéis que su enojo vengativo
hizo tantos estragos, y miserias
en toda la Castilla, siendo el móvil
de estas adversidades que nos cercan.
Ya sabéis que a mi esposo en un cadalso
dio una muerte cruel, triste y funesta.
No ignoráis que, siguiendo en sus intentos

llenos de la malicia más proterva,
si llegase a rendirnos usaría
de su indigno furor con inclemencia.
Me horrorizo al pensar en las desgracias,
que si así sucediese nos esperan.
La sangre correría por las calles,
la ciudad estaría en llanto envuelta;
los viejos, las mujeres, y los niños
serían del furor víctimas tiernas;
los templos, nuestras casas, y palacios
en polvo reducidos fenecieran.
Los clamores, el llanto, y alaridos
la imagen de la muerte más sangrienta,
el luto, y el terror por todas partes
nuestro vital aliento destruyeran.
Mirad de este estandarte el vaticinio
si a estos muros dejamos sin defensa,
mirad a esta inocente criatura
imagen que a mi esposo representa,
él mueva vuestro brazo valeroso
a hacer al enemigo resistencia.
Considerad su suerte desgraciada,
y también los influjos de mi estrella.
No aniquile el valor de vuestros pechos
de un caudillo la pérdida funesta;
si faltó mi marido, yo en su puesto
imitaré su celo, y su firmeza.
Seguidme sin temor con arrogancia
juzgando que yo soy otra Isabela,
pues si ella entró en Granada con denuedo
no temiendo del moro la potencia,
yo ofrezco defender hoy a Toledo
hasta perder la vida en su defensa.
ÍNIGO Todo el pueblo, señora, así lo ofrece,
y sólo vuestras órdenes espera
para abrasar en fuego al enemigo,
abatiendo su orgullo, y su soberbia.
Se oyen por todas partes alaridos,
que dicen alternando, guerra, guerra,
y encendidos los ánimos en iras
a vuestra voz, e imperio se sujetan.
MARÍA Pues hagamos al punto una salida
que corte al enemigo sus ideas.
ÍNIGO Mi brazo será entibo de Toledo.
MARÍA Y el mío de Castilla la defensa.
Ea, soldados míos, al combate,
Viva la gran Toledo, y Haro muera.

Tocan caja y clarín, y vanse todos. Viene PEDRO LÓPEZ
LÓPEZ ¿Qué ruido, y alboroto es el que se oye?

Toda esta infiel ciudad está revuelta.

Yo no sé a dónde voy: a cada paso
nuevos motivos hallo de tristeza.

La venganza, el rencor, y la avaricia
a nobles, y plebeyos señorea.

No hallo alguno que siga mi consejo,
todos con ignominia me desprecian,
y de traidor infame de la patria,
por toda la ciudad se me moteja.

Mi hija en sus furores obcecada,
sólo de su capricho se aconseja,
con cautelosa astucia se concilia
de la plebe el amor, y la obediencia.

En fin, en tal conflicto no hallo medio
que refrene algún tanto su insolencia,
pues aunque ve los riesgos inminentes,
las iras y venganzas más la alientan.

¡Ah Cielos! Aplacad su enojo,
libradla del estrago que la espera.

SOSA Señor, toda la plebe conmovida,
siguiendo los consejos, y las huellas
de vuestra infeliz hija su caudillo,
que le infunde valor con su presencia,
ahora acaba de hacer una salida,
con el mayor arrojo, y violencia.

En ella al enemigo ha rechazado
después de una contienda muy sangrienta,
y el marqués de Mondéjar a su hermana
en un brazo la hirió sin conocerla:
cuando la conoció, con mil caricias
procuró sosegarla, y contenerla;
pero encendida en ira le amenaza,
le trata de traidor, y le desprecia.

LÓPEZ ¿Qué dices? Cada instante más afanes,
más temores me afligen, y atormentan.

Inmóvil me ha dejado esta noticia;
si un paso doy, el otro pie me tiembla.

Pero ¿yo cobardía?, ¿yo temores
cuando del terso Tajo en las riberas
salí a la luz del mundo? ¿Cuando nunca
ni el tétrico clamor de la trompeta,
ni el espantoso ruido de las cajas
me causaron pavor, susto, o sorpresa?

Mas ¿qué sirve el valor en este caso,
para aplacar la plebe, y su soberbia?

¿Qué haré Sosa en el lance en que me hallo?
SOSA Vuestros sanos consejos, y advertencias
sólo podrán hacer que se sujete.

LÓPEZ ¡Ah! La razón su enojo no refrena.

El capricho, el furor, y la malicia
solamente la manda, y la gobierna.

Voy en fin a tentar todos los medios
que me dicte el consejo, y la experiencia,
para que esta ciudad desordenada
conozca los errores que la ciegan;
y si acaso no cede a mis instancias,
entonces yo seré quien más la ofenda,
pues ya sufrir no puedo el desacato
con que ultraja a mi rey, y me desprecia.

Vanse.

Sale DOÑA MARÍA que trae un pañuelo ensangrentado en un brazo, con su hijo de la mano, y MATILDE.

MATILDE Que os reparéis conviene de la herida.

MARÍA Es leve, y no me pasma, ni consterna.

MATILDE Pero puede tener malas resultas.

MARÍA No importa, sufriré las que me vengan.

El actual estado de Toledo
exige mi valor, y mi presencia.

Más me asusta el estrago que ha causado
el enemigo infame en la pelea,

pues aunque nuestra tropa le ha obligado
a hacer la retirada con vileza,

han quedado en su campo de los nuestros
muchos muertos, y heridos. Esta empresa
ha intimidado mucho a nuestra tropa,
y si el gobernador no va, y la alienta,
abatido el orgullo de la plebe
grandes calamidades nos esperan.

Corre al punto, y prevenle de mi parte,
que reúna la tropa ya dispersa;
que pinte a todo el pueblo nuestro estado,
nuestro inminente riesgo, y contingencia;
que repare los daños de los muros,
las ruinas de las torres, y las puertas,
y hallará el enemigo de este modo
en un súbito asalto resistencia.

MATILDE Voy al punto, señora, a obedeceros.

¡Qué valor! ¡Qué coraje! ¡Qué entereza!

Vase.

MARÍA Aunque me es la fortuna tan ingrata,
que destruye mis máximas, e ideas,
no por eso desmaya mi ardimiento,

MONDÉJAR

Yo quisiera

que quedásemos solos.

MARÍA

Al instante,

si así lo pretendéis; salíos afuera.

Vanse todos.

MONDÉJAR Aunque por mis avisos irritada,

(Se descubre.)

te enoje, y enfurezca mi presencia,

el amor fraternal que te profeso,

la sangre que me corre por las venas,

me obligan a que venga de este modo

a librarte del riesgo que te espera.

MARÍA ¿Cómo, vil, arrogante, fementido,

delante de mi vista te presentas,

cuando aun tu nombre solo me horroriza;

y el ser hermana tuya me avergüenza?

MONDÉJAR Aunque con mil ultrajes me desprecies

hermana de mi vida, es tal mi pena

al ver tu obstinación, que ya no puedo

dejar de disuadirte de esta empresa.

Ya el ejército nuestro se adelanta,

y entrará en la ciudad con gran presteza,

y si sigues tenaz en tus designios,

¿cuál será tu castigo, cuál mi afrenta?

Ya el terror tus soldados acobarda;

ya la ciudad está con pocas fuerzas,

y el furor, el enojo, y ardimiento

se han trocado en temor, susto, y vileza.

Ay, hermana del alma, no te expongas

a una muerte afrentosa, indigna, y rea.

Mira la lealtad de nuestros padres,

y el honor que te dieron por herencia;

acuérdate que siempre al rey sirvieron

siendo ejemplos gloriosos de obediencia.

Acuérdate del fin que en un cadalso

ha tenido tu esposo con afrenta.

Acuérdate que tienes tus hermanos

sirviendo al rey, siguiendo sus banderas.

Considera que manchas nuestra sangre

con acción tan inicua y tan proterva;

Considera que el vulgo que hoy te ama,

mañana te abomina, y te detesta.

Reflexiona que tienes pocos medios

para seguir tan fuerte, y dura guerra,

y que al fin de la plebe abandonada

quedará destruida tu potencia;

pues se dará el asalto en este día

a pesar de tus fuegos, y trincheras.
Déjate de quiméricos proyectos,
no creas a Matilde, a esa embustera
que fomenta en tu pecho la venganza;
la infamia, la traición, y la soberbia.

MARÍA Calla, inicuo, enemigo de tu patria,
que se me va acabando la paciencia.
Selle tu voz el labio, si no quieres
ser víctima infeliz de mi fiereza.

MONDÉJAR Refrena, hermana mía, tus delirios,
corrige tu furor, e inadvertencia.

Ya que por mí no cedas, cede al menos
por esta criatura amable, y tierna.
Su inocencia, su infancia, y tersa sangre
que corre por sus puras fieles venas,
contengan tus impulsos tan atroces,
que de su clara estirpe degeneran.

Reflexiona que oprobios e ignominias
serán su más horrenda y vil herencia,
cuando la de sus ínclitos abuelos
sólo fue lealtad, celo, y nobleza.

Ay, hijo de mi vida, por ti solo
mil vidas que tuviese yo perdiera,
por no ver que de infame alevosía
tus títulos serán, no de grandeza.

Ah, hermana, a compasión te mueva el llanto
de un hermano afligido que te ruega
por la sangre que alientas de tus padres
lleno de confusión, y de tristeza,
que sigas las banderas imperiales,
e inspires en Toledo la obediencia.

MARÍA Quítate de mi vista aleve, inicuo
destruidor de la patria, infame fiera.

¿Dónde están las hazañas de tu gloria
para que así me ultrajes, y reprendas?

No quiero que Toledo se sujete,
ni sufrir una indigna prepotencia,
y antes que ella se rinda, de sus muros
no quedará señal, vestigio, o piedra.

Yo a la patria defendiendo, y al estado,
y seguiré la empresa hasta que muera.

MONDÉJAR Oh, Agripina cruel, oh, Elena injusta
que perder a Castilla sólo anhelas,
así como estas dos fueron la causa
de que Roma, y la Grecia se perdieran.

MARÍA Vive el Cielo que el pecho he de pasarte.
Va a darle con el puñal.

LÓPEZ Detente, ¿cómo es esto? ¿Qué insolencia,
qué ciega crueldad te precipita
armando de furor tu insana diestra
contra tu mismo hermano? ¡Qué delirio...!

MARÍA Castigo la osadía con que intenta
ver rendida a Toledo, y abatida
a mí como una esclava entre cadenas.

MONDÉJAR Yo sólo le aconsejo, Pedro López,
que se aparte al instante de esta guerra,
porque ha de ser su muerte la ignominia
de nuestro puro origen, y nobleza.

MARÍA Más bien lo serás tú, traidor inicuo,
cuya vana ambición es tan perversa,
que ofendiendo a tu patria, y a tu sangre,
aniquilarme quieres con cautelas.

LÓPEZ Tu hermano es castellano verdadero;
sus acciones son dignas de Mondéjar;
sirve al rey, y al estado; tú eres sola
la que al uno, y al otro vituperas,
a aquél porque el respeto le has perdido,
y a éste porque has creído la insurgencia
que destruye la patria, y que corrompe
la virtud más heroica, y más perfecta.

MARÍA Muy diverso es mi fin; y sólo aspiro
al bien de nuestra patria, que está opresa;
vosotros no buscáis sino su ruina
con lealtad fingida, e indolencia.

LÓPEZ Tus enojos te ciegan, y no adviertes
que será mayor mal la independencia,
que subsistir no puede ningún cuerpo
si falta a su gobierno la cabeza.

No fue la libertad, ni el patriotismo
el que encendió la llama de esta guerra,
fue sólo el interés, y la avaricia,
la ambición de mandar, y la soberbia.

Don Pedro de Girón quería Medina;
mandar las Merindades Salvatierra;

Ávalos de su injuria la venganza;

Lasón ser de Toledo la cabeza;

Pimentel Salamanca deseaba,

y tú con vanidad loca indiscreta

intentabas que fuese tu marido

maestre de Santiago. Estas ideas

inflamaron el ánimo envidioso

de tantos que lealtad, y celo ostentan.

MARÍA La envidia y la avaricia en vuestros pechos
es la que predomina, y la que reina,

pues pensáis que sirviendo al rey leales
adquiriréis honores, y riquezas,
y en tanto conspiráis contra la patria
siendo ejemplos monstruosos de fiereza.

MONDÉJAR Remediamos los daños que le causan
los mismos que aparentan defenderla;
pues vemos que su ruina es infalible
si siguen estas guerras tan cruentas.
Desde que comenzaron, oprimida
la república gime en la pobreza,
todo son desacatos, muertes, robos,
maldades, atentados, e insolencias.
No se castiga el vil, ni premia el bueno;
no hay justicia, no hay ley, no hay obediencia;
¿Y éste es bien de la patria? ¿Y esto es celo?
¿Éste es el patriotismo que aparentas?
Di más bien que es la ruina del estado,
di que es su destrucción, di que es su ofensa.

MARÍA Mientes infame, vil; tus artificios
no cohonestan tu infamia, ni bajeza.
Los estragos, y males que publicas
provienen del rigor, y prepotencia.
Si ésta no hubiera oprimido a la Castilla,
si no hubiera extraído sus riquezas;
si hubiera administrado la justicia,
y guardado sus justas preeminencias,
¿se hubieran levantado las discordias?
¿se hubiera fomentado tanta guerra?
No hay razón, no hay justicia que prescriba
el sufrir tal rigor ni tal afrenta;
pues no han bastado ruegos, ni clamores
para que tanto orgullo se contenga.

MONDÉJAR Los vasallos leales obedecen
cuanto su rey les manda, y les ordena;
contra el cetro oponerse nadie debe:
sacrílega es la acción, y a ley opuesta.
Perece mucha gente, todo es hambre,
escasez de dinero, y turbulencias.
Esto es lo que la Liga ha ocasionado
con tanta desunión, e irreverencia,
pues de infieles vasallos apoyada,
la indiscreción del vulgo la fomenta.
La Liga al condestable echó de Burgos,
de Tordesillas al marqués de Denia,
de Salamanca a todo caballero,
y a Don Diego Mendoza de Palencia,
y en lugar de estos ínclitos varones

tomó por capitanes con afrenta
a muchos cerrajeros, tundidores
y hombres de poco honor, y baja esfera.
Ésta es la tropa vil de comuneros
que saquea los pueblos y los quema,
que consume, y destruye los sembrados,
que roba los ganados, y aun iglesias,
que da muerte a quien quiere, y como quiere,
y fuerza a las casadas, y doncellas.
Qué horror causa mirar estos estragos,
y más el verte a ti furiosa, y ciega
aumentar las discordias con tu ejemplo,
con tanta crueldad, tanta inclemencia.

MARÍA Ya apuráis mi paciencia, y sufrimiento.

El amor de la patria me aconseja,
Nada turba mi espíritu invencible,
pues los Cielos protegen la inocencia.

MONDÉJAR ¿Tú llamas inocencia a tal perfidia?

¡Ah qué engañada vives! Considera
que si sufren los Cielos tus maldades,
es sólo para ver si al fin te enmiendas;
si no teme el rigor de su justicia
que contra ti indignada...

MARÍA Calla, cesa,
que aunque está aquí mi padre...

LÓPEZ Fementida

¿no te causa respeto mi presencia?
Vive el Cielo que ya...

MARÍA Necia porfía

querer que vuestro aspecto me detenga.
Son vuestras persuasiones enfadosas
e irritan mi furor, no me moderan.
Seguid vuestro partido, defendedlo,
yo el mío seguiré, venza quien pueda;
pues ni vuestros ejércitos me asustan,
ni vuestras amenazas me amedrentan.
Salid ambos al punto de Toledo,
o haré que os den la muerte, o que se os prenda.

Vase.

LÓPEZ Insolente, atrevida, temeraria...

MONDÉJAR Nada puede bastar a contenerla,
ni por ningún camino se consigue
que un impulso de horror su pecho sienta.

LÓPEZ Ah, que su obstinación me martiriza,
porque veo su ruina ya muy cerca.

Aunque todos los medios he intentado,
ya hablándole con ceño, y aspereza,

sino que preferimos ser leales
a costa de quien tiene sangre nuestra.
MONDÉJAR Mis brazos Pedro López, sean testigos,
de cuánto el corazón se lisonjea
al ver vuestra lealtad. Esta constancia
anima mi valor, mi pecho alienta.
Sigamos, estas máximas cristianas,
seamos ambos ejemplo de obediencia,
y si esta vil ciudad se abrasa en llamas,
como viva mi rey, muera quien muera,
pues aunque la perfidia de mi hermano,
turba mi corazón y me avergüenza,
por ser leal vasallo, yo no escucho
los gritos que me da naturaleza.

LÓPEZ Ese lenguaje es propio de un vasallo
que ha nacido en Castilla con nobleza.
Aunque viejo, y sin fuerzas verán todos
que mi leal amor, mi brazo alienta
a defender mi rey, y ardor infunde
a mi valor caduco, y a mi diestra.
Vámonos al ejército al instante;
y ya que así tu hermana nos desprecia,
tema el rigor severo de la espada,
que empuñará en su daño la fe nuestra;
y espero triunfará de su perfidia
con el favor del Cielo, y asistencia.

MONDÉJAR La razón, y justicia nos anima,
y es preciso que el Cielo nos proteja.
Vase.

MATILDE Aunque para encontrar a mi señora
todo lo examiné con diligencia,
no la he podido hallar; ¿dónde habrá ido?
Yo por necesidad tengo que verla
para poner remedio a las desdichas
e inminente peligro que nos cerca.

Sale DOÑA MARÍA.

MARÍA ¿Matilde?

MATILDE ¿Mi señora?

MARÍA ¡Qué congoja
me oprime el corazón!

MATILDE ¿Por qué esa pena?

MARÍA Ya ha llegado en Toledo el triste día
que causará dolor, terror, y afrenta.

MATILDE Pues, ¿qué novedad hay, decid, señora?

Vuestro semblante triste me consterna.

MARÍA Haro avanza su línea; ya el asedio
una ruina horrorosa nos presenta;

ya los fuegos destruyen nuestras casas;
ya en los muros los tiros abren brecha;
ya la venganza alienta al enemigo,
y dar luego el asalto es lo que intenta.
En gran peligro estamos: ya en los pechos
se trocó en cobardía la fiereza,
ya unos soldados huyen de los tiros,
otros al ver el riesgo se amedrentan.
En fin no sé qué hacer en tal angustia:
es nuestra situación bastante estrecha.

MATILDE Si mostráis cobardía, no habrá duda
en que todo será luto, y tristeza.

Tomad luego la espada, y presentaos
delante de este pueblo que os venera,
pues cobrará valor al ver el vuestro,
y hará a los enemigos resistencia.

MARÍA ¡Ah, que el pueblo vacila con el clero!

Haro ya ha introducido con cautela
quien diga que Croix nuestro arzobispo
ha fallecido ya; de tal manera
que ofrece ha de poner un castellano
que rija, y que gobierne en esta Iglesia.

MATILDE No obstante ese temor ten confianza
de ganar la victoria. La inocencia
oprimida, abatida, y ultrajada
siempre encuentra socorro en la clemencia
de los divinos Cielos pues la amparan.
Enviad igualmente con presteza
emisarios a Dávalos, que digan
nuestra suerte infeliz y lastimera.

MARÍA ¿Pero ya cómo quieres que el socorro

llegue a tiempo oportuno, si se acerca
el momento en que Haro dé el asalto
según preparativos que se observan?
Yo temo que ha de ser en este día,
y si así sucediese, ¿qué defensa
podremos intentar, si ya están todos
preocupados de miedo, y de vileza?

MATILDE No el temor de esta suerte os precipite,
ni vuestro pecho agite la flaqueza;
el daño que las huestes enemigas
han causado en los muros y las puertas
está ya reparado. Todo el pueblo
defender la ciudad sólo desea.
La voz que Haro ha esparcido no es posible
que en sus pechos leales haga fuerza,
cuando todos combaten por salvarse,

procurad con la fuga...

MARÍA Infame lengua

¿Yo fuga? ¿Yo temor? Viven los Cielos
que aunque mi muerte cierta la tuviera
con la espada en la mano seré un rayo,
una furia infernal, y cruel fiera
que oponiéndome a todos con enojo,
saciaré con su sangre mi soberbia.

MATILDE Eso sí mi señora, a vuestro lado
me tendréis con valor hasta que muera.

ÍÑIGO Mirad que vuestra furia os precipita.

MARÍA Sois un cobarde vos, pues mi fiereza
no teme al enemigo, ni a la plebe.

A Haro voy a buscar para que sepa,
que aunque yo soy mujer, no me acobarda
ni todo su poder, ni sus banderas.

Vamos Matilde al punto.

Quítale la espada a ÍÑIGO y al irse sale HARO, PEDRO LÓPEZ, MONDÉJAR y soldados.

HARO Deteneos.

¿A dónde vais guiada de la ciega,
e indiscreta pasión que os predomina?
¿Queréis aún resistir a mi potencia?
¿No veis que estáis ya sola, abandonada,
y que pocos pretenden la defensa?

MARÍA Bien conozco que estoy ya casi sola,
y que quedan muy pocos que defiendan
a esta imperial ciudad; pero yo sola
mientras que sangre corra por mis venas,
no podré consentir que se sujete
a sufrir una injusta prepotencia.

HARO Suspended el enojo; yo aquí vengo
a hablar con voz de paz, y no de guerra.

Ya he ganado el Alcázar, y sus fuertes,
hoy la ciudad está con pocas fuerzas,
y aunque pudiera luego conquistarla,
quiero capitular, y entrar en ella
sin causar confusiones, alborotos,
ruinas, ni lamentables consecuencias.

Conque así, proponed las condiciones,
y haced de esta ciudad al punto entrega.

MARÍA Desde luego os admito ese partido,
y así las condiciones serán éstas.

Que habéis de resarcir todos los daños
que nos habéis causado en esta guerra;
que habéis de declararos aliado
de nuestra leal Toledo, y sus banderas;
que habéis de perseguir a sangre y fuego

a aquellos que conspiran contra ella.
Estas son pues las justas condiciones;
ahora de la ciudad os haré entrega.

HARO Callad, callad que ya mi sufrimiento
no puede oír tan grandes insolencias.
Sois una fementida, que abusando
de tanta humanidad, y mi paciencia,
proferís las palabras más indignas
que os dicta la venganza, y saña vuestra.

LÓPEZ ¿Hasta cuándo, hasta cuándo, hija querida,
has de seguir tan injusto infame tema?

¿Es posible que ruegos, ni amenazas
no han de abatir tu orgullo, ni soberbia?

MARÍA Nada me hará mudar de sentimientos.

Mi patria es el objeto que venera
mi firme corazón; por ella quiero
morir como Catón, antes que verla
desdichada, oprimida, y ultrajada.

Muere indigno cruel.

Va a darle con la espada, le da MONDÉJAR en el brazo, y se la deja caer.

MONDÉJAR Tente, soberbia;

¿qué desacato es éste, qué atentado?

HARO Ya no puedo sufrir vuestra insolencia.

MONDÉJAR Señor, no os detengáis en castigarla
ya que vuestro poder tanto desprecia.

HARO Prendedlas al instante, y esa estancia

(Las prenden a las dos.)

para entrambas a dos la cárcel sea,
mientras que del castigo merecido
pronuncio la fatal triste sentencia.

MARÍA Vos podréis castigarme, mas yo nunca
temeré los influjos de mi estrella,
pues a todos mis males, y desgracias
superan mi valor, y mi firmeza.

Las entran por una puerta que habrá a la izquierda. Cierran y dan la llave a Haro.

MONDÉJAR Ah, indigna, tus locuras te confunden,
y no ves las desdichas que te esperan.

Señor, aunque es mi hermana, yo no puedo
consentir el orgullo que demuestra
a influjo de las viles sugerencias
de una incauta imprudente consejera,
que fomentó la Liga en la Castilla,
y causó tantos males y miserias.

HARO Vos habláis como noble, mas yo siento
vuestros justos tormentos, vuestras penas.

Ea soldados míos, al instante
haced que esta ciudad jure obediencia

al rey nuestro señor, y que se aparte
de pérvida Liga y sus banderas.
SOLDADOS Vamos a obedeceros al momento.
LÓPEZ Viva el rey, y el que no lo diga muera.
Caja y clarín.
HARO Mueran los enemigos sediciosos
SOLDADOS Mueran todos al arma, guerra guerra.

Acto III

Salen HARO, PEDRO LÓPEZ, y el MARQUÉS DE MONDÉJAR.

HARO Ya queda esta ciudad apaciguada,
ya ha prestado obediencia, y juramento
al rey nuestro señor; ya no hay temores
que impidan el glorioso vencimiento:
ahora sólo nos falta amigos míos
para que todo quede con sosiego,
pronunciar la sentencia que merecen
los atentados viles, y protervos
de esa mujer injusta, y su criada.

LÓPEZ Muy bien señor; así lo conocemos,
mas el amor de padre me estimula
a mirar por la suerte de mi nieto,
y a evitar la ignominia, y la vergüenza
que causará su madre a tantos deudos,
cuya sangre, y antigua fama ilustre
pura ha sido en Castilla muchos tiempos.

Ya señor, que mi hijo idolatrado
ha muerto en un cadalso como reo,
no permitáis que vea que su esposa
aumenta su rubor, y vilipendio;
mis canas, y servicios os lo piden,
y con lágrimas tiernas os lo ruego.

HARO Levantaos, señor, pues vuestro llanto
me ocasiona el más grave sentimiento.

MONDÉJAR Aunque tantos excesos de mi hermana,
y su obcecada cólera aborrezco,
para verla morir en un cadalso
os confieso, señor, no tengo aliento.
Sus delitos me pasman, y horrorizan,
su obstinación me causa gran despecho,
pero al fin es mi hermana, y por sus venas

corre la misma sangre que yo tengo.
Miro también su afrenta como propia;
conozco será escándalo del pueblo
y la posteridad el que ella muera,
pues al fin es mujer, y de sus yerros
la disculpa el ser fácil en creerse
de imprudentes, y pérfidos consejos.
Por todas estas causas os suplico
moderéis vuestro ejemplo en justo premio
de las grandes hazañas, y proezas
que dieron distintivo a mis abuelos.

HARO Por vos y Pedro López estoy pronto
a mudar mis ideas al momento,
y si ella al rey jurase la obediencia
a la vista de todo aqueste pueblo,
le perdono sus culpas y delitos
volviéndole su casa, y privilegios.

Mas si no, no es posible el perdonarla,
pues son muchos y graves sus excesos.

LÓPEZ Muy bien decís, señor; ahora conviene
que pensando entre todos algún medio,
busquemos el que sea suficiente
para que preste luego el juramento.

MONDÉJAR Vos como más anciano, y más prudente
podréis con advertencias y consejos
reducirla a que deje sus locuras,
y se reduzca a hacer lo que queremos.

HARO Éste es el mejor medio que yo hallo.

LÓPEZ Yo también el mejor le considero.

HARO Pues tomad esa llave de la estancia,
y le podréis hablar en este puesto.

MONDÉJAR Los Cielos den impulso a vuestros labios
para lograr, señor, nuestros intentos.
Vanse los dos.

LÓPEZ ¡Cuántas penas, y sustos me confunden!

Bien preveía yo el funesto riesgo
a que esta mujer loca estaba expuesta,
haciéndose caudillo de este pueblo.
Bendita sea siempre la obediencia,
la lealtad, y amor que usar debemos
(porque Dios nos lo manda) a los monarcas
para que así vivamos más sujetos.
Estas máximas siempre ha detestado
esa infeliz mujer. Ah, quiera el Cielo
que viendo su peligro las adopte,
y abomine sus culpas, y sus yerros.

Sal, hija de mi Vida, yo te llamo,
traspasado de pena, y sentimiento.
Abre la puerta y sale DOÑA MARÍA, descompuesto el cabello y con esposas en las manos.

MARÍA ¿Qué me queréis, señor? ¿Vos tan turbado?
¿Qué causa aquí os conduce macilento?

LÓPEZ Mi amor a este lugar me ha conducido
lleno de confusión, dolor, y miedo,
pues Haro ha pronunciado la sentencia
de tu muerte infeliz, si desde luego
en un acto solemne no prestases
al rey de lealtad el juramento.

MARÍA Yo sigo el ejemplar de mi marido
hasta perder la vida. Estad en esto,
y no me propongáis pactos tan viles.

LÓPEZ Mira que ya no tienes quien te ampare,
y vas a perecer en un momento.
Estas canas que miras compadece:
compadece las lágrimas que riego.
Mira que yo di el ser a tu marido,
ya que él te faltó, yo te defiendo
como que soy tu padre. Ay hija mía
muévate el corazón mi justo celo.

MARÍA Si es vuestro celo justo, o es injusto
a definir aquí no me detengo;
ni si es el tema mío bueno, o malo
tampoco persuadiros yo pretendo,
sólo os digo que nada me horroriza,
y que mi triste muerte sólo espero.
No os canséis más en vanas advertencias:
id y decidle a Haro en el momento,
que su poder desprecio, y amenazas,
porque a la dura muerte no la temo.

LÓPEZ No te dejes llevar de esas locuras,
Refrena tus enojos, y ardimiento.

MARÍA Señor, todo es en vano.

LÓPEZ ¿Por qué causa?

MARÍA Porque quiero morir, ni más ni menos,
antes que consentir iniquidades.
A mi prisión estrecha yo me vuelvo,
donde espero constante la sentencia,
armada de valor, y de denuedo.

Viene y cierra la puerta PEDRO LÓPEZ.

LÓPEZ ¡Ah ingrata enfurecida! ¡Qué desdicha!
Yo no sé qué he de hacer, divinos Cielos.
¡Qué infame obstinación! Estoy confuso

a vista de tan grande atrevimiento.
¡Oh día desgraciado! Oh suerte adversa!
¡En qué infeliz estado ya me veo!
Sale DON ÍÑIGO.

ÍÑIGO Este día, señor, es deplorable,
todo son aflicciones, y lamentos.
¡Qué ruinas! ¡Qué alborotos! ¡Qué mudanzas!
Ahora pide, señor, toda Toledo
que muera vuestra hija, como causa
de tanta confusión, y desacierto.

LÓPEZ ¿Qué me dices amigo?

ÍÑIGO Es cosa cierta.

LÓPEZ Todo se ha conjurado en daño nuestro.

¡Oh confusión! ¡Oh pena insoportable!

ÍÑIGO Este aviso que os doy es con objeto
de que vos procuréis salvar su vida.

LÓPEZ ¿Mas cómo, amigo mío, podré hacerlo?

Voy a buscar a Haro en el instante;
Dadme alivio en tal pena sacros Cielos.

Vase.

ÍÑIGO ¡Oh quién no hubiera nunca protegido
el furor, e insolencia de este pueblo!

Si hubiéramos creído a Pedro López,
y seguido sus huellas y consejos,
no nos viéramos ahora en este lance
cercados de pesares, y desvelos.

¡Válgame Dios! ¡Qué tristes consecuencias!

Aturdido me tiene este suceso,
aunque yo estoy ya libre del peligro,
porque presté a mi rey el juramento
de seguir sus banderas, y partido,
y dejar a los huestes comuneros.

Sale HARO.

HARO Señor gobernador, el alboroto
degenera en tumulto.

ÍÑIGO Yo preveo
fatales consecuencias, y miserias.

HARO En pandillas las gentes de Toledo
van pidiendo furiosas la cabeza
de esa pobre mujer. Id al momento
a contener su furia intempestiva;
procurad sosegarles, ofreciendo
que mañana será decapitada
si no presta obediencia, y juramento
al rey nuestro señor como pretenden.

ÍÑIGO Al punto voy, señor, a obedeceros.
Vase.

HARO Todos se han conjurado ya en su daño,
y el salvarla imposible lo contemplo
si aún permanece ciega, y obstinada.
A López y a su hermano compadezco;
pero aquí viene López muy confuso;
que trae pesar denota en el aspecto.
(Sale LÓPEZ.)

Al fin pudiste hacer que se rindiese.
LÓPEZ No han bastado mis lágrimas y ruegos.

HARO Pues amigo, el castigo es imposible
que se difiera ya. Toda Toledo
clama por su cabeza con porfía:
además el ultraje y vilipendio
hecho a su majestad, es muy punible,
y así decapitarla ya resuelvo.

LÓPEZ Ah señor, suspended por algún día
la ejecución fatal a ver si puedo
luego que se halle menos despechada
reducirla a que abrace mis consejos.

HARO Por vos, y por Mondéjar yo lo hiciera,
pero bien conocéis que ya no puedo
sufrir sus insolencias, y maldades.

LÓPEZ Todo así lo conozco, y considero,
pero valor me falta al ver su suerte.

HARO La vuestra es la que yo más compadezco.

LÓPEZ Bien penosa es, señor; tomad la llave.

HARO Qué lástima me causa el pobre viejo.
Vanse.

Sale MONDÉJAR de capa, y es de noche.

MONDÉJAR Aunque sé de mi hermana la perfidia,
todas sus desventuras tanto siento,
que el corazón me oprimen y atormentan.

Valido de la noche, y su silencio
vengo a ver cómo puedo libertarla;
¡proteja mi designio el santo Cielo!
Con esta llave maestra que aquí traigo
franquearé la puerta con secreto,
y si puedo lograr que huya al instante,
la saco de peligros, y de riesgos.

(Abre.)

¿Hermana? ¿Hermana mía?

MARÍA ¿Quién me llama?

MONDÉJAR Yo soy.

MARÍA ¿Pues a qué vienes?

MONDÉJAR Sólo vengo,

celoso de tu vida, y de tu honra

a librarte de penas, y de miedos.

MARÍA No podrás conseguirlo, pues mis males

llegaron al más duro, y triste extremo.

MONDÉJAR Si tú tienes valor, yo te aseguro

que saldrás de pesares.

MARÍA Valor tengo

para oponerme al mundo si se ofrece.

MONDÉJAR El que de ti deseo es mucho menos.

El general ha dado ya la orden

de formar un cadalso el más horrendo

en medio de la plaza, y que mañana

te se conduzca a él con vilipendio.

Si hubieras dado señas de obediencia,

haciendo de lealtad el juramento,

no te vieras ahora en este lance;

pero ya aunque lo hicieras no hay consuelo.

Tu orgullo es de estas penas el origen,

mas ya de lo pasado no hay remedio.

Ahora sólo conviene que al instante

huyas a toda prisa de Toledo.

Una lima aquí traigo prevenida

para cortar el duro, y fuerte hierro

que te oprime las manos; y así mismo

un vestido de hombre, algún dinero,

un caballo, y demás que es necesario

dispuesto, y prevenido ya te tengo

para emprender la fuga, y sin reparo

ejecuta al momento mis intentos,

segura de que quede a mi cuidado

mi sobrino querido.

MARÍA No por cierto;

antes la muerte elijo que la fuga.

Yo no quiero ausentarme de Toledo,

aunque toda la plebe injusta, ingrata

mi muerte con afrenta esté pidiendo.

MONDÉJAR Ay hermana, no te opongas

a mi celo, y piadosos pensamientos,

así evitar podrás el grande oprobio,

las injurias, infamia, y vituperio

que nos ha de causar tu horrenda pena;

así prolongarás tus días tiernos

hasta que el Cielo quiera concederte
suerte más venturosa.

MARÍA Me convenzo;
desde luego estoy pronta a retirarme.
Dime ¿cómo ha de ser?

MONDÉJAR Éste es el medio
que hallo por más seguro. Baja al punto
por ese caracol que es muy secreto
al cuarto que yo habito. Ponte aprisa
aquel vestido mío, y con silencio
bajarás al jardín, y junto al puente
tomarás un caballo que allí tengo
con armas prevenido, y un soldado
de toda tu confianza, tu escudero
será para el viaje. Si en la puerta
preguntan dónde vas, di que con pliegos
del general caminas a Sevilla,
y no te detendrán. El compañero
dará la contraseña pues la sabe;
no te detengas más, corre al momento
antes que alguno pueda detenerte,
pues anda todo el pueblo muy revuelto.

MARÍA A Dios hermano mío.

MONDÉJAR A Dios hermana.

MARÍA Cuida de mi hijo amado, a ti lo dejo.

¡Pobre hijo de mi vida! ¡Qué temprano
te quedaste sin padres!

MONDÉJAR Yo te ofrezco
cuidarlo como tal.

MARÍA Dios te lo pague.

MONDÉJAR A Dios, pues ya mi pena y sentimiento
ni para articular, ni mover paso
presta a mi corazón algún aliento.

Vase.

MARÍA Aunque a las persuaciones de mi hermano
sin réplica ninguna condesciendo,
no es por temor alguno, ni vileza:
mi intención se dirige a buscar medios
para volver triunfante a la venganza;
pues aunque de mi parte ahora no tengo
tropas para esta empresa, mi cautela,
mi introducción, mi maña, y mi manejo
harán que de otro reino vengan huestes
que destruyan las máximas e intentos.
A Portugal me voy, desde allí el hado
amparará mis justos pensamientos:

favorezcan los Cielos mis ideas,
denme en aqueste estado algún consuelo
pues es muy deplorable, y peligroso,
aunque alienta mi espíritu mi celo.
¡Ay infeliz mujer! ¡Cuántas desgracias
me siguen, y consternan santos Cielos!
No puedo respirar, estoy confusa:
por cuantas partes miro, al punto veo
la imagen de mi muerte. ¡Oh fantasía,
qué males me predices! ¡Qué desvelos!
¡Tiemblo, sudo, palpito, ay de mí, triste!
Ni aun para caminar ya valor tengo.
La sombra de mi esposo me horroriza;
la suerte de mi hijo compadezco;
la ausencia de Toledo me amedrenta;
mis desdichas me causan susto, y miedo.
¿Pero al fin qué he de hacer? Si me acobardo
mi vida queda expuesta al mayor riesgo;
pues huyamos al punto. Duro paso
es el dejar la patria. No hay remedio:
es preciso dejar lo que más amo.
A Dios hijo querido, patrio suelo,
hermanos de mi vida, amigos míos,
cenizas de mis padres, y mis deudos,
acompañadme en pena tan esquiva,
pues para siempre (¡ay triste!) ya me ausento,
cercada de miserias, y aflicciones,
sin amparo ninguno, ni consuelo.
¿Pero así me confundo? ¿Así se abate
mi espíritu arrogante? Vive el Cielo
que a pesar de mis males seré siempre
un rayo que consuma con su fuego
a todos los secuaces imperiales,
y a todos los cobardes, y protervos
que me obligan a huir de estas murallas,
pues para tal empresa valor tengo.
A Dios patria infeliz hasta que vuelva
a sacarte del duro cautiverio
en que te ha de poner la prepotencia
de tantos fementidos extranjeros.
Vase.

Salen PEDRO LÓPEZ y DON ÍÑIGO.

ÍÑIGO No hay medio de aplacar la plebe inquieta,
su violencia es muy grande, con desprecio
de todas las promesas viene airada

y cegada de cólera y despecho
a dar la muerte a vuestra triste hija.
LÓPEZ Para librarla, amigo, algún remedio
los dos imaginemos. Una llave
traigo de su prisión, y así podremos
sacarla de ella al punto.

ÍNIGO Por mi parte
a cuanto propongáis estoy resuelto.
Mas la puerta está abierta.

LÓPEZ ¿Triste caso?
¿Qué novedad será?

ÍNIGO Según yo pienso
la fuga habrá emprendido despechada;
llamadla por si acaso aún está dentro.

LÓPEZ ¿Hija mía? ¿hija mía?
Sale MATILDE.

MATILDE Yo estoy sola.

LÓPEZ ¿Dónde está tu señora?

MATILDE Ha poco tiempo
que se salió de aquí. La llamó un hombre
que juzgué era su hermano por el eco.

ÍNIGO Sin duda ha sucedido lo que dije.

LÓPEZ Hasta saber su suerte no sosiego.

MATILDE Bien veis que es esta mía muy funesta;
y así por quien vos sois, humilde os ruego
me deis la libertad.

LÓPEZ No la mereces
pues eres de estos daños el fomento;
pagarás con la vida en un cadalso
tu infame seducción, tu vil consejo.

ÍNIGO ¿Qué estrépito furioso es el que suena?
Dentro MARÍA.

MARÍA Tened de mí piedad. ¡Ay santo Cielo!

LÓPEZ Esta voz es de mi hija; qué desgracia
la habrá sobrevenido: yo estoy yerto.

Dentro MONDÉJAR.

MONDÉJAR Acudid con las luces.

MARÍA ¡Ay hermano!

Sacan luces. Sale DOÑA MARÍA apoyada en los brazos de HARO, y de MONDÉJAR
echando sangre, éste trae a su hijo de la mano, y después mucha gente.

HARO Deteneos infames, vive el Cielo.

MARÍA ¡Ay señor, yo me muero! ¡Ay de mí triste!

LÓPEZ ¿Qué novedad es ésta? ¿Mas qué veo?

MARÍA Esto es ser infeliz porque he seguido
el partido del pueblo más protervo.

¡Qué indigna ingratitude! Así me ultraja

de mi obediencia ciega algún ejemplo:
mas ya siento que el ánimo fallece,
y el único dolor que yo padezco
es morir con la tacha de rebelde,
y dejar este niño en años tiernos.
Cuando seas adulto, hijo del alma,
y te digan la muerte que tuvieron
tus infelices padres, ¡que vergüenza
cubrirá de rubor tu rostro bello!
¡Oh qué tarde conozco mis delitos!
Pero ya hijo querido que así muero,
procura tú lavar tanta ignominia,
derramando tu sangre con denuedo
en defensa del rey. Nunca te opongas
al rey, a sus ministros, ni decretos,
aunque juzgues te asisten mil razones,
porque es imposible penetremos
los arcanos de aquel que nos gobierna,
como que los inspira el justo Cielo.
LÓPEZ Si tú hubieras seguido esas ideas,
no te vieras ahora en tal extremo.
MARÍA ¡Ay padre! ¡Qué congoja! Yo fallezco:
ya siento que las fuerzas van faltando,
la sangre se me hiela; me estremezco
al verme en este estado deplorable.
Ya no tiene remedio. ¡Ah, qué tormento!
Padre... hermano... señor... perdón os pido
de mi maldad; un indiscreto celo
me arrebató el sentido, e imprudente
delitos a delitos fui añadiendo.
¡Ah qué culpa! ¡Qué muerte! ¡Qué miseria!
Que todos los mortales de sus yerros
aprendan a vivir. Mirad mi muerte
que de esta verdad es claro ejemplo.
Ay patria, tú ocasionas mi desgracia,
por tu amor, por tu causa yo fallezco,
pues fuiste sobre todo preferida,
siendo de mi pasión mayor objeto.
La vergüenza, el terror, y aquellas ansias
que trae siempre consigo el fin extremo
de la mísera vida me acobardan.
¡Oh qué lance fatal! Yo... ya... sí muero.
Ya la respiración, ya la congoja...
A Dios hijo de mi alma... a Dios Toledo.
Muere.

LÓPEZ ¡Ay hija de mi vida!

